

El progreso: Una exploración léxica y una interpretación sociológica

Óscar Uribe Villegas

1. Una exploración léxica sobre el significado de “progreso”

El diccionario Roberts consigna dos acepciones fundamentales del término “développement”, que aparece en el siglo xv, como derivado de *développer*. La primera de esas acepciones establece su equivalencia con *déroulement*, “desen-rollamiento”; la segunda, con *accroissement*, “acrecen-tamiento o crecimiento”, *agrandissement* “engrandecimiento”, y con *crois-sance*, “crecimiento”.

Bajo la primera de las acepciones mencionadas, se coloca el “développe-ment d’une piece d’étoffe”; o sea, fundamentalmente, el des-enrollamiento, el des-envolvimiento, el des-plegue de la tela.

En forma especial, se usa “développement” en el ejército, como sinóni-mo de “déploiement”, de despliegue; en arquitectura, como equivalente de “projection” (proyección) en cuanto se habla del despliegue de un ejérci-to y de la proyección de un sólido, o del “développement” de uno y de otro. La “proyección” de un sólido sobre un plano, se avvicina a la idea de “despliegue”, en cuanto se piensa en la construcción de “sólidos geomé-tricos” a la que se acostumbra a los niños desde la escuela primaria. Des-arrollar el sólido es despegar y desplegar las caras de su periferia para con-vertirlo en una figura plana (la misma que tuvo que trazar el escolar para “construirlo”).

La idea que se desprende de esto es la de algo que estaba encogido o enrollado o plegado sobre sí mismo, y que ha sido desencogido, desenro-llado, desplegado. La idea de *développement* coincide, fundamentalmente, con la de algo que estaba plegado y que se despliega.

La noción matemática de “développement d’une série, d’une expresión algébrique” apunta en el mismo sentido. La serie está como encogida, enrollada, plegada, encapsulada en la expresión generadora; cuando se la desarrolla poniendo uno tras otro (unidos por los signos pertinentes) los

distintos términos de la serie, es como si se la desencogiera, desarrollara, desplegara o expandiera. Así, en español es frecuente hablar, también, de la “expansión” de una serie.

La noción fotográfica de “développement d'une cliché, d'une pellicule” parece, en este contexto, menos fácilmente emparentable con las nociones restantes. Aquí no hay algo que esté encogido, enrollado o plegado, pero el fondo semántico aparece en la referencia que hace el Roberts al “révélateur”, en cuanto término que alude a una idea emparentada con la de “développement d'une cliché”. El “révélateur” es el instrumento del “développement”; es el “revelador” de lo que hay por desarrollar. “Développement”, —en este sentido— equivale al castellano “desarrollar o revelar una placa, una película fotográfica”.

Puede verse, por esto, que “développement” es, fundamentalmente, una revelación de algo que permanecía encapsulado, plegado, enrollado, o que estaba oculto o velado.

La segunda acepción —no ya estricta, sino lata— propicia toda una serie de identificaciones con “crecimiento”, “agradecimiento”, “alargamiento”, “amplificación”, “aumento”, “crecimiento”, “extensión”, “engruesamiento”, “marcha”, “progresión”. En mayor cercanía con los conceptos que nos interesa manejar en ciencias sociales, se encuentra el término “transformación”, pero —sobre todo— el de “evolución” (particularmente, en cuanto se habla de “développement des espèces”).

Se trata, entonces, de un uso específico: la evolución es un desarrollo; pero no un desarrollo cualquiera sino el de las especies (vivientes); es un despliegue; pero no un despliegue o manifestación de algo preexistente, sino la aparición de algo que no existía y que —sin embargo— teníamos derecho a presumir que se encontraba en potencia, aunque no actualizado. Es esto —también— lo que pone en relación de parentesco a “développement” con “germination”. La germinación es el nacimiento (“naissance”) o momento en el que se manifiesta la existencia de una planta nueva; pero es el desenvolvimiento, el desarrollo (développement) del germen en que esa planta estaba como encapsulada, encogida, con una vida latente o potencial.

Pero, es claro que, si se habla de “evolución de las especies”, en el paralelismo filo-ontogenético —claro a quienes estudian embriología— puede y debe hablarse de “evolución ontogenética” de un ser.

El ser que evoluciona, o la vida que evoluciona, se realiza en las diferentes etapas de un proceso o en las diferentes formas que asumen las distintas especies de seres vivos. Las cosas y los seres que se desarrollan se manifiestan o muestran desplegados a la contemplación de un observador: de un ser que conoce. Cuando el sujeto cognoscente se inclina sobre sí para conocerse, el desarrollo se convierte en un reconocimiento de sí, y la evolución en una autorrealización.

Es prudente recordar aquí, por ejemplo, que Renan decía en sus *Souvenirs d'Enfance*: “La meta del mundo es el desarrollo del espíritu, y la primera condición del desarrollo del espíritu es su libertad.”

No es extraño que el Roberts establezca también dos equivalencias distintas: una entre “le développement des sciences”, que considera equivalente de “progreso”, y otra entre “développement d'une civilisation” —por una parte— y “evolution” —por la otra—. En efecto, la evolución representa una actualización de potencialidades por medios técnicos; una realización de obras materiales, principalmente; el progreso hace, en cambio, mención de ciencia, de conocimiento: menciona un desarrollo puesto al servicio de una evolución.

Otras equivalencias de “développement” son igualmente útiles: se desarrolla un sistema, una doctrina; o sea que se los presenta, expone, aclara, explica, y se “desarrolla” (en sentido traslaticio, para nosotros) un proyecto; o sea, que se le ejecuta. Para nosotros, el proyecto y su ejecución no son ya, *sensu strictu*, del dominio del desarrollo, sino del de la evolución; o sea, que si bien el desarrollo es el fundamento de un proyecto, éste, al realizarse, se convierte en parte de la evolución. El proyecto, en la coyuntura de desarrollo y evolución se convierte —a su vez— como proyecto realizado, en equivalente de progreso.

Progreso es, así, el proyecto, fundado en la realidad, que la transforma meliorativamente; que descubre las potencialidades ínsitas en ella y las realiza de modo adecuado.

2. Una interpretación sociopolítica del progreso

El del “desarrollo”, en cuanto tópico de hoy, tiene que sujetarse a una creciente rigorización conceptual porque ella puede llegar a ser importante en cuanto rectora de muchas argumentaciones, en cuanto orientadora de otras empresas tanto nacionales como universitarias.

Comenzar por diferenciar al “desarrollo” del “avance económico” es un acierto. Pero, mostrar, además, que “desarrollo” —un mal término para un buen concepto— no es un proceso que se produce a lo largo de una sola dimensión sino que, en lenguaje matemático, hay que representarlo por un hiperplano es un acierto mayor, ya que, en efecto, el desarrollo debe realizarse a lo largo del eje económico pero, también, a lo largo de los ejes político, social y cultural.

Pero aun esto es insuficiente y el politicólogo tiene que reconocer la necesidad y la posibilidad de un remontamiento teórico todavía mayor. Necesidad que se siente en México, particularmente, porque el país requiere una concepción más amplia, más generosa —integral y armoniosa— de “desarrollo”. Posibilidad, porque sólo la mentalidad colonial no se atreve

a reconocer que los pensadores mexicanos pueden y deben forjar ya esa concepción distinta, de validez universal.

“Desarrollo” es un término que se introdujo en las ciencias sociales para evitar el uso de la palabra “progreso”, porque ésta mostraba una serie de adherencias ideológicas —iluministas, positivistas y de otros tipos— que hacían que el término pareciese poco científico. Como si en ciencias sociales no se tuviera que proceder, antes que nada, a una purificación de los términos y no a su rechazo. Y es que “progreso” es precisamente el término adecuado para designar aquello que buscan sociedades como la nuestra. Porque “desarrollo” es sólo una de las dos fuerzas coplanares concurrentes que producen el progreso. Porque existe otra fuerza coplanar concurrente gracias a la que se obtiene esa resultante de ambas, a la que se conoce como evolución.

Es fácil que si usamos una terminología estrictamente científica o si tomamos nuestras analogías de la mecánica, se piense que tratamos de pasar por profundos, expresándonos oscuramente; por ello recurriremos a analogías más próximas de lo cotidiano, aunque ahora, al tomar símiles biológicos, corramos el riesgo de que se nos tache de organicistas.

Usaremos, en lo que sigue, el lenguaje del avicultor. Consideremos un pollo. Si el pollo está sano y lo nutrimos adecuadamente, aumentará de talla y de volumen: crecerá. Se trata del análogo avícola de lo que es avance o crecimiento económico en el terreno sociopolítico. Pero si a ese pollo le damos de comer en demasía, al cabo de un tiempo, enfermará y morirá. O sea, que hay un límite por encima del cual un ser viviente no puede digerir el alimento excedente que se le haga ingerir; por encima del cual no sólo no lo aprovecha sino que se daña con él. En la vida social ocurre algo parecido: hay un punto por encima del cual el insumo no se convierte en producto; allende el cual, el crecimiento económico no se utiliza en beneficio de la sociedad sino —en forma abierta o solapada— en su perjuicio, según ocurre hoy con algunas grandes potencias económicas, que no saben canalizar adecuadamente sus excedentes y que se están intoxicando a sí mismas.

Pero, si sostenemos determinado ritmo de crecimiento, o sea, que si al pollo le damos de comer regularmente, con medida proporcionada a sus necesidades, lograremos su evolución: el pollo se convertirá en el gallo o en la gallina que era en embrión, en el huevo, de acuerdo con el “mensaje” genético. Porque, en el otro lenguaje —en el filosófico— la evolución consiste en la actualización de las propias potencialidades; en que llegue a ser real lo que el ser tenía en potencia.

Pero, para hablar —ahora— del desarrollo, en sentido estricto, tenemos que dejar las analogías biológicas; porque, si bien el animal, como el

hombre, como la sociedad, puede evolucionar, es sólo el hombre-en-sociedad el que puede desarrollarse. Porque, como lo revela el estudio semasiológico correspondiente, “desarrollo” es el creciente conocimiento que un ser tiene de sí . . . y el único cognoscente del mundo es el hombre. O sea, que sólo el hombre es capaz de desarrollarse mediante una creciente conciencia de sí mismo.

El hombre-en-sociedad se desarrolla conforme gana conciencia de sí; conforme reflexiona sobre su naturaleza y su conducta; sobre su ubicación en el mundo y su acción sobre el mundo; conforme reconoce su responsabilidad frente a sus cosocietarios; conforme adquiere conciencia crítica de sus actos y busca —en forma prudente, pero progresiva— que toda acción se someta a un orden racional, caritativo y estético.

O sea, que progreso no lo hay si en las diversas dimensiones de lo social (económica, política, social y cultural) no hay —simultáneamente— creciente conocimiento y actualización en aumento. Esto es lo que no entienden muchos; es lo que no entendieron algunos gobiernos mexicanos: que México no sólo necesita razones (“demagogia” lo llamaron los oponentes), como tampoco necesita sólo obras (“neurosis constructiva” pudieron llamarlo los opositores); que se necesitan las obras y la razón de esas obras, y la crítica de esas razones; que no progresaremos con la loca actividad desorientada ni con la argumentación invalidada o impracticable; que necesitamos razón y obras; que requerimos ambas.

Y muchos tampoco han caído en cuenta de que la sociedad mexicana dispone de instituciones adecuadas para realizar las unas y las otras, según una cabal división del trabajo y una indispensable fecundación dialéctica: que la universidad es la principal responsable de nuestro desarrollo y tiene con qué contribuir a él; que el gobierno es el principal responsable de nuestra evolución y debe allegarse los medios indispensables para lograrla, y que es justamente la conjugación dialéctica de universidad y gobierno la que tiene que conseguir nuestro progreso.

El progreso (aunque haya quienes le sigan llamando “desarrollo”) tiene que lograrse a lo largo de por lo menos cuatro ejes (económico, político, social y cultural), pero cada uno de esos ejes tiene dos sentidos: uno que apunta hacia el descubrimiento de la propia realidad; el otro que señala hacia la actualización de la propia potencia.

Ni sólo ciencia ni sólo conciencia. Ni sólo razones ni sólo obras. Ni sólo universidad ni sólo gobierno. México necesita de ambos, los necesita ineludiblemente, si ha de conseguir el progreso.

Prosperidad y desarrollo

En la política y en la ciencia actuales se confunden, por lo general, la prosperidad (económica) y el desarrollo, pues se considera que “desarrollo”

es sólo un término más breve y vistoso para referirse a un nivel económico superior, derivado de un adelanto técnico o de una mejoría en los términos del comercio internacional. Esto no es así, pues, aunque haya vinculación indudable entre esas expresiones, su falsa sinonimia empobrece al término “desarrollo” y achata la designación “avance técnico-económico” (o tecnoeconómico).

Hace algún tiempo realizamos una breve investigación léxico-social sobre el problema (publicada en *Veinticinco conceptos de uso sociológico*). Ella nos mostró el significado cabal de “desarrollo”, particularmente en su contraste con los que son propios de “evolución” y “progreso”.

El desarrollo social es, fundamentalmente, el conocimiento creciente que las sociedades tienen de sí mismas y de su entorno o ambiente físico, así como de su contexto internacional.

La evolución social representa la creciente realización de las potencialidades físicas, personales, económicas, culturales, del medio, de los miembros y de la organización de esas sociedades.

El progreso es el resultado del desarrollo y de la evolución: es el avance total de la sociedad, que sabe cada vez más de sí y de su medio, y que realiza —en forma creciente— las potencialidades de ese medio y de sus propios miembros.

Para ser más concretos, podemos poner todo esto en términos de necesidades, recurso y satisfacciones. Hay, en efecto, ciertas necesidades que los hombres tienen en forma latente, y que no llegan a conocer. Los sociólogos estadounidenses hablan de ellas como de unas *latent needs*, que oponen a unas *manifest needs*, y que nosotros hemos traducido por “necesidades latentes” y “necesidades patentes”. El hecho de que una necesidad latente se patentice es ya, de por sí, manifestación de desarrollo, en cuanto revela una parte —hasta poco antes oculta— de la realidad social.

Una sociedad que no conoce o no expresa sus necesidades es, en este sentido, subdesarrollada; una que las conoce (que las expresa y reivindica su derecho a satisfacerlas), es desarrollada.

Pero —en nuestra terminología— el desarrollo *no basta* para el bien del hombre; es indispensable, que, para que éste se produzca, el desarrollo se conjugue con la evolución.

En efecto, si sabemos qué es lo que necesitamos y aun con qué y cómo podemos satisfacer esa necesidad, pero no convertimos en satisfactores reales nuestros recursos potenciales, no lograremos sino una conciencia plena de nuestra necesidad, de nuestra insatisfacción, y esto sólo producirá un descontento que será destructor por su falta de canalización constructiva (creadora) hacia la resolución de problemas: hacia lo evolutivo.

Nuestro medio físico, nuestro equipo biológico, nuestra estructura mental, nuestra organización social, nuestro legado cultural, nuestra herencia

civilizatoria (científica y técnica) nos ofrecen recursos para satisfacer nuestras necesidades. Tenemos ciertas materias primas (y carecemos de otras) tenemos cierta fuerza física (limitada en calidad y en intensidad); podemos establecer asociaciones mentales; podemos reunirnos con otros hombres en busca de objetivos comunes; tenemos tradiciones y proyectos para orientarnos; tenemos ideas que conjugar para obtener innovaciones (para inventar y crear); contamos con mecanismos elementales que podemos combinar para la formación de nuevas máquinas, más complicadas y útiles; pero, si no elaboramos esas materias, gastamos útilmente esa energía y asociamos esas ideas y mecanismos elementales, no lograremos evolución alguna.

Una sociedad en evolución es aquella que hace que un número creciente de recursos físicos, humanos, técnicos, culturales de los que se dispone sirvan *realmente* a la satisfacción de las necesidades. Una sociedad cuyos recursos permanecen —en mayoría— desaprovechados, es una sociedad subevolucionada.

O sea, que una sociedad progresa en el grado en el que conoce sus necesidades y las satisface cada vez más, en provecho de sus miembros, de ella misma y del resto de la humanidad.

Una concepción simultáneamente tan simple y tan rica impide establecer una sinonimia depauperante entre la prosperidad o el avance técnico-económico y el desarrollo.

El adelanto tecnológico es un instrumento principal de la evolución, en cuanto contribuye a hacer del puro recurso un satisfactor de necesidades. La elevación del nivel económico indica —a su vez— que hay mayor disponibilidad de satisfactores, pero no señala si ya se sabe o si se sigue ignorando qué necesidades hay que satisfacer; porque no indica si ya se conoce o no el orden de importancia de esas necesidades y la urgencia relativa de cada una de ellas con respecto a las demás.

Por ello, si el adelanto tecnológico y la elevación del nivel económico representan posibilidades de evolución, ninguno de ellos basta para asegurar la evolución, el desarrollo, el progreso.

Para que haya progreso, se necesita tanto del desarrollo como de la evolución y éstos son el resultado de una economía y una técnica avanzadas, siempre y cuando sus productos sirvan adecuadamente (a través del conocimiento que cada sociedad tenga de sí, gracias al conocimiento de su historia, merced a la precisión de sus proyectos de vida) a que conozca su geografía, a que sepa las posibilidades de utilización de sus materias primas, a que se sitúe adecuadamente en el contexto internacional (para descubrir, por ejemplo, las oportunidades que puede tener de obtener ciertos satisfactores de los que carece mediante el intermedio con otras naciones).

A esta luz, no hay avance de la técnica ni elevación de la economía

que sean humanamente valiosas si no repercuten en la satisfacción de un creciente número de necesidades humanas. El adelanto técnico-económico es sólo un instrumento que debe ponerse al servicio de la finalidad más alta, incorporada en el progreso que, a su vez, es conocimiento de lo que se es, de lo que se debe ser, y de lo que se necesita para llegar a ser eso que hay que ser, así como creación de los medios indispensables para realizar las propias potencialidades.

Las negaciones del progreso

El desenvolvimiento entendido como develación de la propia y profunda realidad de un pueblo es una función eminentemente académica; debe realizarla la universidad mediante la identificación de los rasgos geoecológicos del país, su estructura sociocultural y jurídico-política, así como gracias al descubrimiento del sentido en el que apuntan su historia externa y su intrahistoria, tal como lo descubre una investigación de filosofía de la historia.

La evolución, entendida como actualización de las potencialidades de un pueblo, es una función eminentemente política; debe ser realizada bajo la dirección del gobierno, a través de la transformación de los elementos materiales en recursos y satisfactores; mediante la organización que encauce el trabajo humano en sentido tecnológicamente productivo y culturalmente creador; mediante la habilitación del ciudadano con medios de expresión y comunicación que lo inserten en la realidad jurídico-política del país; mediante la realización —también— de la entelequia que es la sociedad correspondiente, en términos transhistóricos.

De la acción conjunta de estas dos fuerzas se obtiene, como resultante, el progreso. En efecto, el creciente conocimiento de la realidad (producto de la investigación académica) descubre a los estadistas las potencialidades que deben realizar y las realidades que deben utilizar instrumentalmente en la consecución de altas metas colectivas. A su vez, las realizaciones políticas —con su parcial éxito y su fracaso parcial— descubrirán al investigador aquellos puntos oscuros de la realidad que no han sido develados aún o que todavía no han sido iluminados suficientemente.

En el grado en que sólo haya desenvolvimiento, pero no haya evolución, se tendrá una sociedad con creciente conciencia de sí misma, con una apreciación creciente del abismo que media entre lo que debería ser y lo que es; con un sentimiento de culpa —expreso o a veces acallado— que acabará por dañarla en una o en otra forma.

En la medida en que haya sólo evolución sin desenvolvimiento, se tendrá una marcha ciega y, por lo mismo, insegura, aventurada, de la sociedad correspondiente. La actualización de las propias potencialidades será

inconsciente, irreflexiva y, por lo mismo, no contribuirá a que la sociedad deje de ser una cosa para convertirse en un sujeto de su propia historia.

La negación total del progreso por la doble vía de la falta de desenvolvimiento (“envolvimiento”) y de la falta de evolución (“involución”) conduce a un regreso creciente; a una situación en la que la sociedad pierde cada vez más la conciencia de sí y, simultáneamente, realiza cada vez menos sus propias potencialidades.

O sea, que para que haya progreso (“desarrollo” en el vocabulario habitual que creemos menos apropiado científicamente) es indispensable que la universidad y el gobierno mantengan las relaciones dialécticas propias del pensamiento y de la acción, a fin de que la develación de la realidad contribuya a realizar las potencialidades, y la actualización de éstas estimule un ulterior descubrimiento, más amplio y más profundo, de las mismas.

Ciencia y conciencia nacional

Hablar de “ciencia nacional y de conciencia” como funciones universitarias es un acierto, en cuanto la universidad no es sólo instrumento de conocimiento sino que es —también— órgano de la toma de conciencia de la sociedad; pero es desafortunado aplicar el calificativo “nacional” a la ciencia y dejar sin calificar a la conciencia.

La universidad es, en efecto —en la búsqueda de la verdad—, una institución universal, humana, que debe estar condicionada *al mínimo* por perspectivas estrechas (nacionales o de cualquier otro tipo) hasta tal punto que, en este sentido, no se puede hablar de universidades de México, de París, de Moscú, de Cambridge o de Pekín, pues todas son una, en cuanto tienen que buscar —por vías distintas, pero convergentes— la misma verdad, por encima de cualquier otra determinación; porque han de alcanzar el conocimiento y ponerlo al servicio de los seres humanos independientemente de la nacionalidad de éstos, de su religión o de su partido. No hay una ciencia nacional y, en este sentido, tampoco hay universidades nacionales. Existe sólo *una* universidad, humana, supranacional, transhistórica, con manifestaciones locales, nacionales.

Pero el conocimiento general, abstracto (aun el fisicomatemático) tiene que volverse particular y concreto para servir a cada país, a cada nación, a cada individuo. Es sólo en esta función (subordinada de la primera) como don Justo Sierra pudo hablar —con licencia, más que en rigor— de “mexicanizar el saber”.

Es ésta la conexión (civilizatoria) que permite hablar de universidades “nacionales” y es ésta la coyuntura al través de la cual se transita hacia el otro extremo de la expresión: hacia la conciencia.

En efecto, la universidad busca, antes que nada, el conocimiento de la naturaleza (para librar al hombre de la necesidad) y, en segundo término, lo aplica a la situación nacional; pero —en cambio— busca, primero, una toma de conciencia de la situación nacional, para proyectarse —después— a través de ella, hacia la toma de conciencia humana (que es mucho más difícil de lograr).

Esto explica la situación un tanto distinta de las ciencias físicas y de las ciencias políticas. La física busca *ante todo*, el conocimiento y —en la universidad— sólo en forma secundaria persigue su aplicación (ingenieril, médica, etcétera). La ciencia política ha de buscar, primero, una toma de conciencia nacional, pero debe partir del conocimiento y de la crítica de la circunstancia social, para llegar —por creciente depuración ideológica— a un conocimiento de lo social que sea generalmente válido (en sentido humano).

En la física, el movimiento ha de ir de lo puro a lo aplicado, y encaminarse a servir a la nación; en la política, el movimiento ha de marchar de la toma de conciencia de la realidad concreta y particular a la adquisición de una conciencia plena de lo humano, en general, y —en último término— debe conducir al conocimiento general y abstracto de la realidad humana.

El universitario debe ser, así, tan consciente como sabio, y puede y debe ser —además— actuante políticamente; pero esto último tiene que serlo ya fuera de la universidad (en su función de ciudadano o de gobernante). En forma parecida, el político debe ser fundamentalmente actuante, aunque también pueda y deba ser consciente y sabio.

La conciencia es, así, el lazo de unión entre el universitario y el político. Es ella la que permite que se comuniquen entre sí e interactúen uno sobre otro: 1) el hombre que piensa y que ejerce una crítica gracias a la cual el actuante no llega a atropellarlo todo (llevado de la inercia de la acción), y 2) el hombre que actúa, quien impide que el pensante arrase con cuanto no se sujeta a la pureza extrema de sus esquemas intelectuales (llevado por la inercia del pensamiento).

Ciencia y conciencia nacionales son dos funciones de la universidad; conciencia nacional y servicio social son las correspondientes del gobierno. Hay entre ellas un eslabón que las une, no una solución de continuidad que las separa. Puede y debe haber entre la universidad y el gobierno fundamental cooperación (que no excluye la tensión); no puede haber entre ellos básico conflicto (que excluya hasta la comunicación), pues esto escindiría mortalmente a la sociedad o contribuiría a su esquizofrenia. Tiene que haber cooperación entre ellas en cuanto la una apunta en el sentido del desarrollo, el otro en el de la evolución, y juntos señalan el camino del progreso.

Los dos grandes peligros.

Los dos grandes peligros de la universidad son éstos: convertirse en una institución que sólo instruya y prepare profesionales carentes de espíritu cívico y anhelo de servir socialmente, desvinculados del pueblo, incapaces de animarlo y servirlo, o que sólo sea sitio en el que se realice una toma de conciencia más o menos adecuada (realista o demagógica) de la problemática social.

En el primer caso, el peligro que confrontará el pueblo será el de ver salir de la universidad a sus futuros explotadores: a los tecnócratas que sustituirán en el presente o en el futuro a los “científicos” porfiristas y que reiterarán su dominación sobre las masas iletradas.

En el segundo caso, el peligro consistirá en que, aun en el supuesto de que los universitarios lleguen a realizar una “revolución” y subviertan el orden existente, al recoger el fruto se encuentren: por una parte, diezmados por el sacrificio y, por otra, carentes de cuadros dirigentes auténticos, capaces de organizar el nuevo orden soñado, en la paz.

Se encontrarán, entonces con que, por falta de preparación científica y técnica, para la realización de las tareas del estadista (por haber concentrado toda su atención en el desempeño guerrillero), tendrán que depender de los hombres de ciencia y técnica formados en las escuelas particulares y en el extranjero. Éstos, a su vez, validos de su autoridad técnico-científica (norma de legitimación) acabarán por influir, modificar y aun transformar íntegramente sus decisiones, y harán que incluso se frustren los esfuerzos que hayan hecho —a costa de sangre y lágrimas— para mejorar la vida del país.

Los dos peligros que acechan a los universitarios no se pueden evitar si ellos se entregan en brazos de una ciencia sin conciencia, o si lo hacen en los de una conciencia acientífica. Para el universitario que quiera serlo eficazmente y quiera cambiar en forma auténtica y profunda la faz de la tierra, es tan indispensable la ciencia como la conciencia, la conciencia como la ciencia, pues sin ellas sólo lograrán transformaciones espectaculares pero tan efímeras como espectaculares.

Ciencia sin conciencia es estéril contemplación; conciencia sin ciencia es actividad desordenada e ineficaz. Sólo la “ordenación de los movimientos luminosos” en los Laser hace que lo que era originalmente ineficaz para ello se convierta “en medio de perforar gruesas láminas metálicas”.

El progreso es tanto toma de conciencia social como autorrealización humana de los hombres-en-sociedad.